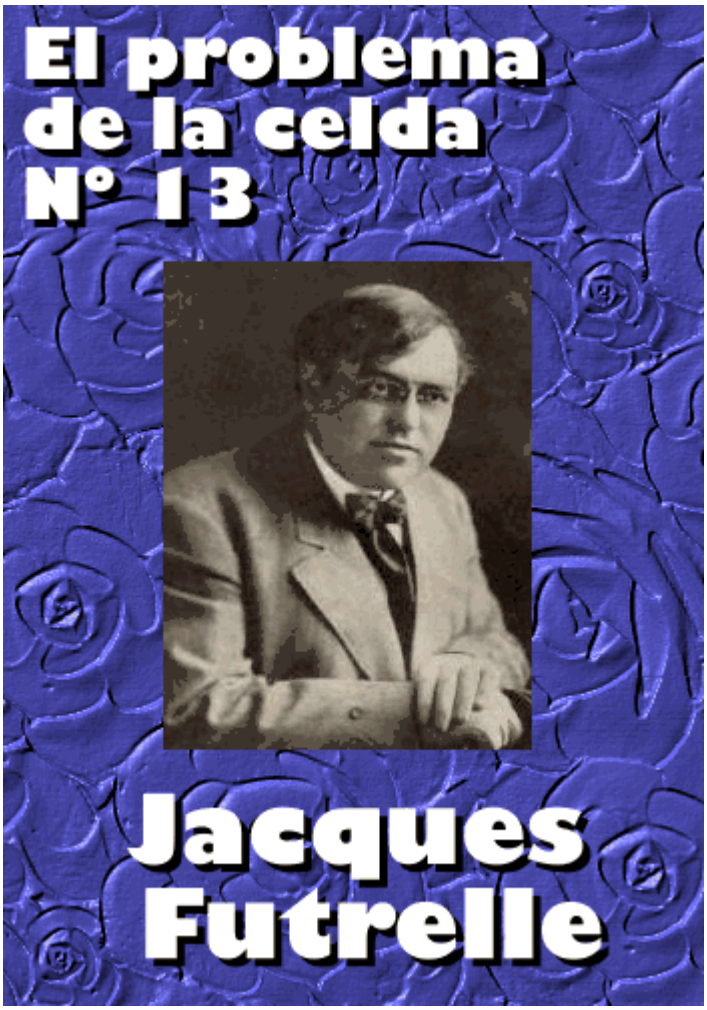
LIBRO dot.com

El problema de la celda Nº 13

Jacques Futrelle



Digitalizado por LIBRO dot.com
http://www.librodot.com

I

Después de ser bautizado, Augustus S. F. X. Van Dusen adquirió, en el curso de una brillante carrera científica, prácticamente todas las letras restantes del alfabeto. Y dado que las obtuvo honorablemente, las agregó al final de su nombre, de modo que éste, tomado con todo lo que le correspondía, resultaba una estructura muy imponente. Era doctor en filosofía, doctor en leyes, miembro de la Sociedad Real, doctor en medicina y cirujano dental. También era algunas otras cosas, aunque ni él mismo podía decir exactamente qué, en virtud del reconocimiento de su talento por parte de diversas instituciones educacionales y científicas extranjeras.

En su apariencia no era menos notable que en su nomenclatura. Era delgado y poseía la inclinación del estudioso en su espalda y la palidez de una vida sedentaria y de reclusión en su rostro rasurado. Sus ojos mostraban un estrabismo perpetuo e inhibidor, el estrabismo de quien estudia cosas diminutas, y cuando se los alcanzaba a divisar a través de sus gruesos anteojos, no eran más que hendeduras de un azul acuoso. Pero sobre los ojos estaba su rasgo más notable. Era una frente alta y ancha, casi anormal en sus dimensiones, coronada por una espesa mata de cabellos rubios. Todas estas cosas conspiraban para darle una personalidad peculiar, casi grotesca.

El profesor Van Dusen era remotamente alemán. Por generaciones, sus antepasados habían sido ilustres en las ciencias; él era el resultado lógico, la mente maestra. Primero y por encima de todo, era un lógico. Al menos treinta y cinco de sus casi cincuenta años de vida los había dedicado exclusivamente a demostrar que dos y dos siempre suman cuatro, excepto en ocasiones extraordinarias, donde suman tres o cinco, según sea el caso. Se basaba sólidamente en la proposición general de que todas las cosas que comienzan deben seguir un curso, y podía convocar la fuerza mental concentrada de sus antepasados al abordar un problema dado. Incidentalmente, debe observarse que el profesor Van Dusen usaba un sombrero N° 8.

El mundo en general, había tenido noticias de la existencia del profesor Van Dusen bajo el mote de La Máquina Pensante. Se trataba de un apodo que le había dado la prensa en ocasión de una notable exhibición de ajedrez; él había demostrado entonces que alguien totalmente ajeno al juego podía, por la fuerza de la lógica inevitable, vencer a un campeón que había dedicado toda una vida a su estudio. ¡"La Máquina Pensante"! Tal vez ese mote lo describiera mejor que todos sus títulos, porque pasaba semana tras semana, mes tras mes, en el retiro de su pequeño laboratorio, del que habían surgido pensamientos que asombraron a ¡os científicos y conmovieron profundamente a! mundo en general.

Sólo en raras ocasiones tenía visitantes "La Máquina Pensante", y éstos solían ser hombres que ocupando una alta posición en las ciencias, llegaban para discutir un tema y tal vez convencerse a sí mismos. Dos de esos hombres, el doctor Charles Ransome y Alfred Fielding, llegaron una noche para discutir cierta teoría que no viene al caso aquí.

-Tal cosa es posible -declaró enfáticamente el doctor Ransome en el curso de la conversación.

-Nada es imposible -afirmó La Máquina Pensante con igual énfasis. Siempre hablaba con petulancia-. La mente es el amo de todas las cosas. Cuando la ciencia reconozca plenamente ese hecho, se habrá logrado un gran avance.

-¿Qué opina de la nave espacial? -preguntó el doctor Ransome.

-Eso no es nada imposible -aseveró La Máquina Pensante-. Será inventada en cualquier momento. Lo haría yo mismo, pero estoy ocupado.

El doctor Ransome rió con tolerancia.

-Ya le he oído decir tales cosas -dijo -. Pero no significan nada. La mente puede ser el amo

de la materia, pero aún no ha hallado la manera de aplicarse. Hay ciertas cosas que no pueden eliminarse con el pensamiento, o más bien, que no cederían a ninguna cantidad de pensamiento.

-¿Qué, por ejemplo? -preguntó La Máquina Pensante.

El doctor Ransome quedó meditativo por un momento, mientras fumaba.

-Bien, digamos las paredes de la prisión -replicó-. Ningún hombre puede salir de una celda mediante el pensamiento. De ser eso posible, no habría ningún prisionero.

-Un hombre puede aplicar de tal modo su cerebro y su ingenio, que puede abandonar una celda, que es lo mismo -afirmó rápidamente La Máquina Pensante.

El doctor Ransome estaba ligeramente divertido.

-Supongamos un caso -dijo, un momento después-. Tomemos una celda en la que son confinados los prisioneros sobre los que pesa sentencia de muerte, hombres que están desesperados y, enloquecidos por el temor, aprovecharían cualquier probabilidad para escapar... supongamos que usted estuviese encerrado en una de esas celdas. ¿Podría escapar?

-Por cierto -declaró La Máquina Pensante.

-Naturalmente -dijo el señor Fielding, quien intervenía en la conversación por primera vez-, se podría destruir la celda con un explosivo; pero una vez adentro, como prisionero, no podrá disponer de explosivo alguno.

-No habría nada de eso -dijo La Máquina Pensante-. Ustedes podrían tratarme exactamente como a los prisioneros que tienen sentencia de muerte, y yo saldría de la celda.

-No a menos que entrara con las herramientas necesarias para salir -dijo el doctor Ransome.

La Máquina Pensante estaba visiblemente fastidiada; sus ojos azules parpadearon.

-Enciérreme en cualquier celda de cualquier prisión de cualquier parte en cualquier momento, vestido sólo con lo necesario, y escaparé en una semana -declaró secamente.

El doctor Ransome se irguió en su silla, interesado. El señor Fielding encendió otro cigarro.

-¿Quiere decir que realmente podría salir mediante el pensamiento? -preguntó el doctor Ransome.

-Saldría -fue la respuetsa. -¿Habla en serio?

-Por cierto que sí.

El doctor Ransome y el señor Fielding esatuvieron silenciosos por un largo rato.

-¿Estaría dispuesto a intentarlo? -preguntó

finalmente el señor Flelding.

-Sin duda -dijo el profesor Van Dusen; había un rastro de ironía en su voz-. He hecho cosas más tontas que ésa para convencer a otros hombres de verdades menos importantes.

El tono era ofensivo y había cierta corriente subyacente, que se asemejaba a la ira, que fluía entre ambas partes. Claro que era algo absurdo, pero el profesor Van Dusen reiteró su voluntad de realizar esa fuga, y el asunto se decidió.

-A comenzar ahora -agregó el doctor Ransome.

-Preferiría que comenzara mañana -dijo La Máquina Pensante-, porque...

-No, ahora -insistió el señor Fielding secamente-. A usted se lo arresta, figuradamente, claro, se lo encierra sin previo aviso en una celda, sin probabilidad alguna de comunicarse con amigos, y se lo deja ahí con los mismos cuidados y atenciones que se le dispensarían a un hombre que esté bajo sentencia de muerte. ¿Está dispuesto?

-Muy bien, ahora, entonces -dijo La Máquina Pensante, y se puso de pie.

-Digamos, la celda de los condenados a muerte de la prisión de Chisholm.

-La celda de los condenados a muerte de la prisión de Chisholm.

-¿Y qué ropa lucirá usted?

-Tan poca ropa como sea posible -replicó La Máquina Pensante-. Zapatos, calcetines, pantalones y una camisa.

-¿Permitirá que se lo revise, supongo?

-Debo ser tratado exactamente corno se trata a todos los prisioneros -dijo La Máquina Pensante-. Ni más atención ni menos.

Debieron arreglarse ciertos preliminares en cuanto a la obtención del permiso para realizar la prueba, pero los tres eran hombres influyentes y todo se hizo satisfactoriamente por teléfono, si bien los funcionarios de la prisión, a quienes se explicó el experimento sobre bases puramente científicas, se mostraron perplejos. El profesor Van Dusen sería el prisionero más distinguido que habían tenido nunca.

Cuando la Máquina Pensante se hubo puesto todas las ropas que debía usar durante su encarcelamiento, llamó a la pequeña anciana que era su ama de llaves, cocinera y doncella al mismo tiempo.

-Martha -le dijo-, ahora son las nueve y veintisiete. Me marcho. Dentro de una semana, a las nueve y media, estos caballeros y posiblemente uno o dos más cenarán aquí conmigo. Recuerde que al doctor Ransome le gustan mucho las alcachofas.

Los tres hombres se trasladaron a la cárcel de Chisholm, donde el alcaide los estaba esperando, ya que le habían informado por teléfono del asunto. El sólo había entendido que el eminente profesor Van Dusen debía ser su prisionero, si era que podía tenerlo, por una semana; que el profesor no había cometido delito alguno, pero debía ser tratado como todos los demás prisioneros.

-Revísenlo -indicó el doctor Ransome.

La Máquina Pensante fue revisada. Nada se halló en él: los bolsillos de los pantalones estaban vacíos; la camisa blanca, de rígida pechera, no tenía bolsillos. Los zapatos y calcetines fueron retirados, examinados y vueltos a poner. Mientras observaba todos esos preliminares, la rígida revisión, y notaba la lastimosa debilidad física del hombre, su rostro falto de color y sus manos blancas y delgadas, el doctor Ransome casi lamentó su intervención en el asunto.

-¿Está seguro que desea hacerlo? -inquirió.

-¿Se convencería usted si yo no lo hiciera? -preguntó La Máquina Pensante a su vez.

-No.

-Muy bien. Lo haré.

La preocupación que el doctor Ransome pudo haber sentido, se disipó por el tono. Lo irritaba, y resolvió seguir el experimento hasta el final; sería un duro castigo a la egolatría.

-¿Le será imposible comunicarse con alguien de afuera? -preguntó.

-Absolutamente imposible -replicó el alcaide-. No se le permitirá escribir ninguna clase de mensaje.

-Y sus carceleros, ¿enviarían ellos algún mensaje de él?

-Ni una palabra, sea directa o indirectamente -dijo el alcaide-. Puede estar seguro de ello. Informarían todo lo que él pudiera decir o me darían a mí todo lo que él pudiera darles.

-Eso parece ser absolutamente satisfactorio -dijo el señor Fielding, quien estaba francamente interesado en el problema.

-Naturalmente, en el caso de que falle -dijo el doctor Ransome- y pida su libertad, ¿entiende usted que debe dejarlo en libertad?

-Entiendo -replicó el alcaide.

La Máquina Pensante estuvo escuchando pero no tuvo nada que decir hasta ese momento; entonces intervino:

-Me gustaría hacer tres pequeños pedidos. Ustedes pueden otorgármelos o no, como deseen.

-Ningún favor especial, ahora -advirtió el señor Fielding.

-No pido ningún favor especial -fue la dura respuesta-. Me gustaría tener un poco de polvo para los dientes... cómprenlo ustedes mismos para cerciorarse de que no sea más que polvo para los dientes, y quisiera tener un billete de cinco dólares y dos de diez dólares.

El doctor Ransome, el señor Fielding y el alcaide intercambiaron miradas de perplejidad. No les sorprendía el pedido de polvo para los dientes, pero sí el de dinero.

-¿Hay algún hombre, entre aquéllos con los que nuestro amigo entrará en contacto, que pueda ser sobornado con veinticinco dólares? -preguntó el doctor Ransome al alcaide.

-Ni siquiera con dos mil quinientos dólares -fue la segura respuesta.

-Bien, que los tengo -dijo el señor FieldingCreo que son bastante inofensivos.

-¿Y cuál es el tercer pedido? -preguntó el doctor Ransome.

-Me gustaría que me lustraran los zapatos.

Una vez más los hombres intercambiaron miradas de perplejidad. Ese último pedido era el colmo de lo absurdo, de modo que consintieron. Una vez que se hubo atendido a todos esos detalles, La Máquina Pensante fue llevado a la prisión, de la que debía escapar.

-Aquí está la celda 13 -dijo el alcaide, deteniéndose ante la tercera puerta de un corredor de acero-. Es aquí donde tenemos a los asesinos condenados. Nadie puede salir de aquí sin mi permiso; y nadie que esté aquí puede comunicarse con el exterior. Apuesto mi reputación en ese sentido. Está a sólo tres puertas de mi oficina y fácilmente puedo oír todo ruido desacostumbrado.

-¿Les parece que servirá esta celda, caballeros? -preguntó La Máquina Pensante. Había un toque de ironía en su voz.

-Admirablemente -fue la respuesta.

La pesada puerta de acero fue abierta, hubo una fuga precipitada de pequeñas patas, y La Máquina Pensante entró en la oscuridad de la celda. Luego la puerta fue cerrada por el alcaide, quien dio dos vueltas de llave al cerrojo.

-¿Qué es ese ruido que hay aquí dentro? -preguntó el doctor Ransome a través de las barras.

-Ratas... docenas de ratas -replicó La Máquina Pensante concisamente.

Después de despedirse, los hombres se estaban marchando cuando La Máquina Pensante preguntó levantando la voz:

-¿Qué hora es, exactamente, alcaide?

-Once y diecisiete -replicó el alcaide.

-Gracias. Me reuniré con ustedes, caballeros,

en la oficina del alcaide, a las ocho y media, dentro de una semana -dijo La Máquina Pensante.

-¿Y si no lo consigue?

-No tengo ninguna duda al respecto.

La cárcel de Chisholm- era una estructura grande y extendida de granito, de cuatro pisos en total, ubicada en el centro de cientos de metros cuadrados de espacio libre. Estaba rodeada por una pared de sólida mampostería de 5,40 metros de altura, tan finamente acabada por dentro y por fuera que no ofrecía ninguna posibilidad al escalador, por experto que éste fuese. Sobre este cerco, para mayor precaución, había otro cerco de 1,50 metros de varas de acero, cada una de las cuales terminaba en una punta aguda. Ese muro, en sí mismo, marcaba un límite absoluto entre libertad y encarcelamiento, porque aun en el caso de que un hombre escapara de su celda, le resultaría imposible superarlo.

El patio, que todo alrededor de la prisión tenía 7,50 metros de ancho, o sea la distancia entre el edificio y el muro, era de día el campo de ejercicios para aquellos prisioneros a los que se les concedía el beneficio de una semilibertad ocasional. Pero ese beneficio no era para los que estaban en la celda 13. Durante todo el día había guardias armados en el patio, cuatro guardias, cada uno de los cuales patrullaba un lado del edificio de la prisión.

Por la noche, el patio estaba casi tan iluminado como durante el día. En cada uno de los cuatro lados había una gran luz de arco voltaico que se elevaba por encima de la pared de la prisión y brindaba una clara visión a los guardias. Las luces también iluminaban en forma brillante las varas de acero en que terminaba la pared. Los sables que alimentaban las luces de arco voltaico corrían sobre los lados del edificio, sobre aisladores, y desde el piso superior cruzaban hasta los postes que soportaban las luces.

Todas esas cosas fueron vistas y aprehendidas por La Máquina Pensante, quien sólo podía ver a través de la ventana cubierta de barrotes de su celda poniéndose de pie sobre su camastro. Eso fue a la mañana siguiente a su encarcelamiento. Comprendió, también, que del otro lado debía haber un río, porque oía débilmente la pulsación de una lancha de motor y muy alto en el aire vio un pájaro de río. Desde esa misma dirección llegaban los gritos de niños que jugaban y el ocasional ruido de una pelota bateada. Supo entonces que entre el muro de la prisión y el río había un espacio abierto, un campo de juego.

La prisión de Chisholm era considerada absolutamente segura. Ningún hombre se había escapado nunca de ella. La Máquina Pensante, encaramado sobre su camastro, viendo lo que veía, pudo entenderlo fácilmente. Las paredes de la celda, aunque construidas, juzgó, veinte años antes, eran perfectamente sólidas, y los barrotes de la ventana de hierro nuevo, no presentaban ni sombra de herrumbre. La ventana misma, aun sin los bar rrotes, sería un modo difícil de salida, porque era pequeña.

Sin embargo, al considerar estas cosas, la Máquina Pensante no se desalentó. En cambio, pensativamente fijó su mirada estrábica en el gran arco voltaico -había brillante luz del sol ahoray siguió con los ojos el cable que iba del arco al edificio. Ese cable eléctrico, razonó, debía descender por el lado del edificio a una distancia breve de su celda. Tal vez fuese de utilidad saberlo.

La celda 13 estaba en el mismo piso que las oficinas de la prisión, es decir, no en el sótano ni tampoco arriba. Sólo había cuatro escalones hasta el piso de la oficina, de modo que el nivel del piso debía estar a sólo tres o cuatro pies por encima del suelo. No alcanzaba a divisar el suelo que estaba directamente debajo de su ventana, pero sí podía verlo cerca del muro. Sería una caída fácil desde la ventana. Muy bien.

Entonces La Máquina Pensante comenzó a recordar cómo había llegado a la celda. Primero, estaba la cabina del guardia exterior, que era parte de la pared. Había dos portones de pesados barrotes, ambos de acero. Ante ese portón siempre había un hombre de guardia. Permitía pasar a la gente a la prisión tras mucho rechinar de llaves y cerraduras, y permitía que salieran cuando se lo ordenaban. La oficina del alcaide estaba en el edificio de la prisión y para llegar a ese funcionario desde el patio se debía atravesar un portón de sólido acero con sólo una mirilla en él. Luego, para llegar de esa oficina interior hasta la celda 13, donde él se hallaba ahora, se debía pasar una pesada puerta de madera y dos puertas de acero hasta los corredores de la prisión; y siempre había que tener en cuenta la puerta de la celda 13, cerrada con doble vuelta de llave.

Había entonces, recordó, siete puertas a sortear antes de que uno pudiese pasar de la celda 13 al mundo exterior, a la libertad. Pero contra esto estaba el hecho de que rara vez se lo interrumpía. A las seis de la mañana aparecía un carcelero a la puerta de su celda con un desayuno; volvía al mediodía, y otra vez a las seis de la tarde. A las nueve de la noche se hacía la

recorrida de inspección. Eso era todo.

"Está admirablemente ideado este sistema de la prisión" fue el elogio mental de La Máquina Pensante. "Deberé estudiarlo un poco cuando salga. No tenía idea de que hubiese tanto esmero en las prisiones".

No había nada, absolutamente, en su celda, salvo el camastro de hierro, tan sólido que nadie podría deshacerlo, salvo con mandarrias o una lima. El no tenía nada de eso. No había ni una silla ni una mesita, ni un trozo de lata ni de loza. ¡Nada! El carcelero se quedaba a su lado mientras comía, y luego se llevaba la cuchara y el cuenco de madera que él había usado.

Una por una esos cosas se fueron hundiendo en su cerebro. Cuando hubo considerado la última posibilidad, inició el examen de su celda. Desde el cielo raso hasta las paredes, examinó las piedras y el cemento que las unía. Caminó golpeando los pies sobre el suelo una y otra vez, pero era de cemento, perfectamente sólido. Después del examen se sentó sobre el borde del camastro de hierro y quedó por un largo rato sumido en sus pensamientos. Porque el profesor Augustus S. F. X. Van Dusen, La Máquina Pensante, tenía algo en que pensar.

Fue perturbado por una rata, que cruzó entre sus pies y luego se escabulló hacia un ángulo oscuro de la celda, atemorizada por su propia osadía. Después de un rato, clavando su estrábica mirada en la oscuridad del ángulo adonde había corrido la rata, La Máquinua Pensante pudo divisar entre las sombras muchos ojos que lo miraban. Contó seis pares, y tal vez había otros; él no veía muy bien.

Luego, desde su lugar sobre el borde de la cama, notó por primera vez la parte inferior de la puerta de su celda. Allí había una abertura de cinco centímetros entre la barra de acero y el piso. Aún mirando fijamente esa abertura, La Máquina Pensante retrocedió repentinamente hacia el ángulo donde había visto los ojos que parecían cuentas. Hubo un gran ruido de pequeñas patas, varios chillidos de roedores asustados, y luego silencio.

Ninguna de las ratas había salido por debajo de la puerta, y sin embargo no había ninguna en la celda. Por lo tanto, debía haber otra salida en la celda, por pequeña que fuese. La Máquina Pensante, sobre manos y rodillas, inició la búsqueda de ese agujero, palpando en la oscuridad con sus dedos largos y finos.

Al fin su búsqueda se vio recompensada. Dio con una pequeña abertura en el piso, al nivel del cemento. Era perfectamente redonda y algo más grande que un dólar de plata. Por ahí se habían ido las ratas. Metió sus dedos profundamente en el agujero; parecía ser un caño de desagüe en desuso y estaba seco y polvoriento.

Una vez satisfecho en cuanto a ese punto, volvió a sentarse en el camastro por una hora y luego realizó otra inspección de su entorno a través de la pequeña ventana de la celda. Uno de los guardias externos estaba directamente al frente, junto a la pared, y ocurrió que se hallaba mirando la ventana de la celda 13 cuando apareció la cabeza de La Máquina Pensante. Pero el científico no advirtió al guardia.

Se hizo mediodía y apareció el carcelero con la comida de la cárcel, repulsivamente simple. En su hogar, la Máquina Pensante sólo comía lo suficiente para vivir; ahí tomaba lo que le ofrecían sin comentario alguno. En ocasiones hablaba con el carcelero, quien se quedaba de pie frente a la puerta, observándolo.

-¿Se han hecho mejoras aquí en los últimos años? -preguntó.

-Nada en particular -replicó el carcelero-. Hace cuatro años se construyó el nuevo muro.

-¿Se hizo algo en el edificio mismo?

-Se pintó la madera exterior, y creo que hace unos siete años se colocó un nuevo sistema de cañerías.

-¡Ah! -exclamó el prisionero-. ¿A qué distancia está el río?

-A unos noventa metros. Los muchachos tienen un campo de béisbol entre el muro y el río.

La Máquina Pensante no tenía más que decir, pero cuando el carcelero estaba por marcharse le pidió un poco de agua.

-Tengo mucha sed aquí -explicó-. ¿Sería posible que me dejara un poco de agua en un cuenco?

-Le preguntaré al alcaide -contestó el carcelero, y se marchó.

Media hora más tarde volvió con un pequeño cuenco de cerámica lleno de agua.

-El alcaide dice que puede quedarse con este cuenco -informó al prisionero-. Pero deberá mostrármelo cada vez que se lo pida. Si está roto será el último.

-Gracias -dijo La Máquina Pensante-. No lo romperé.

El carcelero se marchó a cumplir sus tareas. Por una fracción de segundo pareció que La Máquina Pensante deseaba formular una pregunta, pero no lo hizo.

Dos horas más tarde ese mismo carcelero, al pasar frente a la puerta de la celda 13, oyó un ruido adentro y se detuvo. La Máquina Pensante estaba sobre manos y rodillas en un ángulo de la celda, y de ese mismo rincón llegaron varios chillidos atemorizados. El carcelero miró muy interesado.

-Ah, te he cazado -oyó que decía el prisionero.

-¿Cazó qué? -preguntó secamente.

-Una de estas ratas -fue la respuesta-. ¿Ve? Y entre los dedos largos del científico, el carcelero vio una ratita gris que luchaba por zafarse. El prisionero la llevó hacia la luz y la observó atentamente. Es una rata de agua -dijo.

-¿No tiene nada mejor que hacer que cazar ratas? -preguntó el carcelero.

-Es lamentable que estén aquí -fue la irritada respuesta-. Llévese ésta y mátela. Hay docenas en el lugar de donde vino ésta.

El carcelero tomó el roedor que se retorcía en sus esfuerzos por huir y lo arrojó al piso con violencia. El animal lanzó un chillido y quedó quieto. Más tarde, el carcelero informó del episodio al alcaide, quien sólo sonrió.

Más tarde, ese día, el guardia armado exterior que estaba sobre el lado de la prisión al que daba la celda 13, volvió a mirar la ventana y vio al prisionero que miraba hacia afuera. Vio una mano que se elevaba hacia la ventana cubierta de barrotes y luego algo blanco que cayó al suelo, directamente bajo la ventana de la celda 13. Era un rollito de lienzo, evidentemente de la tela que se suele utilizar para hacer camisas, y atado alrededor del género había un billete de cinco dólares.

El guardia viro otra \tez hacia la ventana, pero el rostro hacia desaparecido.

Con tina sonrisa torva llevó el rollito de lienzo

el billete de cinco dólares a la oficina del alcaide. Allí, juntos, ambos descifraron algo que estaba escrito sobre la tela con una extraña clase de tinta, muy borroneado. En la parte exterior se leía esto: "Quien encuentre esto, por favor que lo entregue a¡ doctor Charles Ransome".

-¡Ahl -exclamó el alcaide con una risa ahogada-. E¡ plan de fuga número uno ha fracasado-. Luego agregó: -¿Por qué dirigió esto al doctor Ransome?

-¿Y dónde obtuvo la pluma y la tinta para escribir? -preguntó el guardia.

Él alcaide miró a¡ guardia y éste miró al alcaide. No había ninguna solución aparente de ese misterio. El alcaide estudió la escritura cuidadosamente, y luego sacudió la cabeza.

-Bien, veamos qué iba a decirle al doctor Ransome -dijo al fin, aún intrigado, mientras desenrollaba el trozo de lienzo.

-Bien, eso... ¿qué... qué piensa de eso? -preguntó, azorado.

El guardia tomó el trozo de lienzo y leyó esto: "Rapa eseot netnie uque odoml eseon est. “E.”

III

El alcaide quedó preguntándose por una hora qué clave era ésa, y durante media hora por qué su prisionero intentaría comunicarse con el doctor Ransome, que era la causa de que él estuviese allí. Después de esto, el alcaide dedicó algún tiempo a la pregunta relativa a dónde habría conseguido el prisionero los elementos para escribir, y de qué clase eran éstos. Con la idea de iluminar ese punto, volvió a examinar el lienzo. Era tela arrancada de una camisa blanca y tenía bordes desparejos.

Era posible explicar el origen del lienzo, pero qué había usado el prisionero para escribir, era otro asunto. El alcaide sabía que era imposible que hubiese contado con un lápiz o una lapicera y, por otra parte, ni lápiz ni lapicera habían sido utilizados para realizar ese escrito. ¿Qué, entonces? El alcaide decidió investigar personalmente. La Máquina Pensante era su prisionero; él tenía órdenes de retener a sus prisioneros; si éste trataba de escapar enviando mensajes cifrados a personas del exterior, lo impediría, como lo habría impedido en el caso de cualquier otro recluso.

El alcaide fue a la celda 13 y encontró a La Máquina Pensante sobre manos y rodillas en el piso, dedicado a la poco alarmante tarea de cazar ratas. El prisionero oyó los pasos del alcaide y se volvió rápidamente hacia él.

-Son una desgracia -espetó- estas ratas. Hay ratas a montones.

-Otros hombres han podido soportarlas -comentó el alcaide-. Aquí tiene otra camisa... permítame la que tiene puesta.

-¿Por qué? -preguntó rápidamente La Máquina Pensante. Su tono era poco natural y su actitud sugería preocupación.

-Usted ha intentado comunicarse con el doctor Ransome -dijo el alcaide seriamente-. Como mi prisionero, es mi deber poner fin a eso.

La Máquina Pensante estuvo en silencio un momento.

-Muy bien -dijo, finalmente-. Cumpla con su deber.

El alcaide sonrió torvamente. El prisionero se puso de pie y se quitó la camisa blanca, poniéndose luego la camisa de convicto que el alcaide había traído. El alcaide se apresuró a tomar la camisa blanca y ahí mismo comparó los trozos de lienzo sobre el que estaba escrito el mensaje cifrado con ciertas partes rotas de la camisa. La Máquina Pensante lo observó curiosamente.

-¿El guardia se lo llevó a usted, entonces?, -preguntó.

-Por cierto -replicó triunfalmente el alcaide-. Y con eso se cierra su primer intento de fuga.

La Máquina Pensante observaba al alcaide quien, comparando, establecía para su propia satisfacción que sólo dos trozos de lino habían sido arrancados de la camisa blanca.

-¿Con qué escribió esto? -preguntó el alcaide.

-Creo que es parte de su deber descubrirlo -replicó irritado La Máquina Pensante.

El alcaide comenzó a decir algunas cosas fuer tes, pero luego se contuvo y en cambio realizó una minuciosa revisión de la celda y del prisionero. No halló absolutamente nada, ni siquiera un fósforo o un palillo que hubiesen servido como pluma. El mismo misterio rodeaba al líquido con que el mensaje había sido escrito. Aunque el alcaide se marchó de la celda 13 visiblemente fastidiado, se llevó la camisa rasgada con aire de triunfo.

-Bien, escribiendo notas en una camisa no logrará salir, eso es seguro -se dijo a sí mismo con cierta complacencia. Guardó los trozos de lienzo en su escritorio, en espera de los acontecimientos-. Si ese hombre escapa de esa celda... maldito sea... renunciaré.

Durante el tercer día de su encarcelamiento, La Máquina Pensante abiertamente intentó salir de su celda mediante el soborno. El carcelero había traído su comida y estaba apoyado contra los barrotes de la puerta, esperando, cuando La Máquina Pensante inició la conversación.

-Los caños de desagüe de la prisión van al río ¿verdad? -preguntó.

-Sí -replicó el carcelero.

-Supongo que son muy pequeños.

-Demasiado angostos para arrastrarse a través de ellos, si es eso lo que está pensando -fue la sonriente respuesta.

Hubo silencio hasta que La Máquina Pensante terminó su comida. Entonces dijo:

-Usted sabe que no soy un criminal, ¿verdad?

-Sí.

-¿Y que tengo el derecho de ser liberado si lo exilio?

-Sí.

-Bien, vine aquí creyendo que podría escapar -dijo el prisionero, y sus ojos estrábicos estudiaron el rostro del carcelero-. ¿Consideraría usted la posibilidad de una recompensa económica por ayudarme a escapar?

El carcelero, que era un hombre honesto, miró fa delgada y débil figura del prisionero, la gran cabeza con su mata de pelo rubio, y casi sintió pena.

-Supongo que las cárceles como éstas no fueron construidas para que se escapen aquellos como usted -dijo al fin.

-¿Pero consideraría usted una proposición para ayudarme a salir? -insistió el prisionero, casi implorante.

-No, -replicó concisamente el carcelero. -Quinientos dólares -urgió la Máquina Pensante-. No soy un criminal.

-No -dijo el carcelero.

-¿Mil?

-No -volvió a decir el carcelero, y comenzó a retirarse apresuradamente para evitar que lo siguieran tentando. Luego se dio vuelta-. Aunque me diera diez mil dólares, yo no podría dejarlo salir. Usted tendría que atravesar siete puertas y sólo tengo las llaves de dos.

Luego le contó toda la conversación al alcaide.

-El plan número dos fracasa -comentó el alcaide, sonriendo torvamente-. Primero un mensaje cifrado, luego el soborno.

Cuando el carcelero iba hacia la celda 13 a las seis de la tarde, a llevarle comida a La Máquina Pensante, se detuvo, sorprendido por el inconfundible ruido de un acero que raspara otro acero.

El ruido cesó cuando se oyeron sus pasos y luego el carcelero, que estaba más allá del alcance de la visión del prisionero, continuó dando paso como si se alejara de la celda 13, aunque se quedó firme en el mismo sitio.

Después de un momento volvió a oírse el ruido y el carcelero se deslizó en puntas de pie hasta la puerta de la celda y atisbó a través de las barras. La Máquina Pensante estaba de pie sobre el camastro de hierro, trabajando con los barrotes de la pequeña ventana. Estaba usando una lima, a juzgar por los movimientos hacia uno y otro lado de sus brazos.

Con cautela, el carcelero fue hacia la oficina a buscar al alcaide, y ambos volvieron a la celda

13 en puntas de pie. Aún se oía el ruido acompasado. El alcaide escuchó un instante y repentinamente apareció ante la puerta.

-¿Bien? -preguntó. Había una sonrisa en su rostro.

La Máquina Pensante miró hacia atrás desde su lugar sobre el camastro y saltó rápidamente al piso, haciendo frenéticos esfuerzos por ocultar algo. El alcaide entró a la celda con la mano extendida.

-Entréguelo -dijo.

-No -replicó duramente el prisionero.

-¿Qué es, una lima? -preguntó el alcaide.

La Máquina Pensante guardó silencio y quedó mirando fijamente al alcaide con una expresión que se acercaba a la decepción en el rostro, pero no del todo. El alcaide se mostró casi simpático.

-El plan número tres fracasa, ¿eh? -preguntó afablemente-. Qué pena, ¿verdad?

El prisionero no respondió.

-Revíselo -ordenó el alcaide.

El carcelero revisó cuidadosamente al prisionero.

Al fin, astutamente oculto en el cinturón de los pantalones, halló un trozo de acero de unos cinco centímetros de largo con un lado curvo como una media luna

-Ah -exclamó el alcaide cuando lo recibió del carcelero-. Del tacón de su zapato -y sonrió agradablemente.

El carcelero continuó su revisión y en el otro lado del cinturón halló otra pieza de acero, idéntica a la primera. Los bordes mostraban que habían sido frotados contra las barras de la ventana.

-No podría hacerse un camino a través de esos barrotes con estos elementos -dijo el alcaide.

-Podría haberlo hecho -dijo con firmeza La Máquina Pensante.

-En seis meses, tal vez -comentó el alcaide afablemente.

El alcaide sacudió la cabeza lentamente mientras miraba el rostro ligeramente sonrojado de su prisionero.

-¿Dispuesto a abandonar? -preguntó.

-Aún no he empezado -fue la pronta respuesta.

Luego se realizó otra exhaustiva revisión de la celda. Los dos hombres la realizaron con esmero y finalmente deshicieron el camastro y lo exploraron. Nada. El alcaide en persona trepó sobre el camastro y examinó los barrotes de la ventana. donde el prisionero había estado limando. Cuando miró quedó divertido.

-Sólo consiguió darles un poco de brillo -le dijo al prisionero, que lo miraba con aire un tanto abatido. El alcaide aferró las barras de hierro con sus fuertes manos y trató de sacudirlas. Eran inamovibles, engastadas firmemente en el sólido granito. El alcaide las examinó una por una y quedó satisfecho. Finalmente descendió del camastro.

-Abandone, profesor -aconsejó.

La Máquina Pensante sacudió la cabeza y el alcaide y el carcelero salieron de la celda. Cuando desaparecieron por el corredor, La Máquina Pensante se sentó en el borde del camastro con la cabeza entre las manos.

-Está loco si piensa escapar de esa celda -comentó el carcelero.

-Naturalmente, no podrá escapar -dijo el alcaide-. Pero es inteligente. Me gustaría saber con qué escribió aquel mensaje cifrado.

Eran las cuatro de la madrugada siguiente cuando un terrible y conmovedor alarido de terror

resonó en la gran prisión. Llegaba de una celda, de algún punto del centro del edificio, y su tono indicaba horror, angustia y terrible temor. El alcaide lo oyó y con tres de sus hombres se lanzó hacia el largo corredor que conducía a la celda 13.

IV

Mientras corrían, se oyó otra vez el horrible grito, que terminó en una especie de gemido. Los rostros blancos de los prisioneros aparecieron en las puertas de las celdas, arriba y abajo, mirando hacia afuera intrigados, atemorizados.

-Es ese tonto de la celda 13 -gruñó el alcaide.

Se detuvo y miró hacia adentro cuando uno de los carceleros hizo funcionar una linterna. "Ese tonto de la celda 13" estaba confortablemente tendido de espaldas en su camastro, con la boca abierta y roncando. Mientras ellos miraban volvió a escucharse el penetrante alarido, que procedía de arriba. El rostro del alcaide palideció mientras él subía rápidamente las escaleras. Allí, en el piso superior halló que un hombre de la celda 43, que estaba directamente encima de la celda 13 pero dos pisos más arriba, se encogía en un rincón.

-¿Qué ocurre? -preguntó el alcaide.

-¡Gracias a Dios que han venido! -exclamó el prisionero, que se arrojó contra los barrotes de la celda.

-¿Qué sucede? -volvió a preguntar el alcaide.

Abrió la puerta y entró. El prisionero cayó de rodillas y abrazó las piernas del alcaide. Su rostro estaba blanco de terror, los ojos muy abiertos, y

temblaba. Sus manos frías como el hielo aferraron las manos del alcaide.

-Sáqueme de esta celda, por favor, sáqueme -rogó.

-¿Qué es lo que le ocurre? -insistió el alcaide con impaciencia.

-Oí algo... algo -dijo el prisionero, y sus ojos recorrieron nerviosamente la celda. -¿Qué oyó?

-Yo... Yo no sé -balbuceó el recluso. Luego, en un repentino estallido de terror, agregó: -Sáqueme de esta celda, póngame en cualquier parte... pero sáqueme de acá.

El alcaide y los tres carceleros intercambiaron miradas.

-¿Quién es este individuo? ¿De qué se lo acusa? -preguntó el alcaide.

-Joseph Ballard -respondió uno de los carceleros-. Está acusado de haber arrojado ácido al rostro de una mujer. Ella murió.

-Pero no pueden probarlo -jadeó el prisionero-. No pueden probarlo. Por favor, póngame en cualquier otra celda.

Aún se aferraba al alcaide, quien rudamente apartó sus brazos. Por un momento se quedó mirando al desgraciado, que parecía poseído de todo el terror salvaje e irracional de un niño.

-Escuche, Ballard -dijo finalmente el alcaide-, si oyó algo, quiero saber qué fue. Ahora cuénteme.

-No puedo, no puedo -fue la respuesta. El hombre sollozaba.

-¿De dónde venía?

-No sé. De todas partes. . . de ninguna parte. Sólo lo oí.

-¿Qué era... una voz?

-Por favor, no me haga responder -suplicó el recluso.

-Usted debe responder -dijo secamente el alcaide

-Era una voz... pero... pero no era humana

-fue la respuesta, pronunciada entre sollozos.

-¿Voz, pero no humana? -repitió el alcaide, intrigado.

-Sonaba sorda... y lejana... y fantasmal -explicó el hombre.

-¿Llegaba de afuera o de adentro de la prisión?

-No parecía venir de parte alguna... estaba aquí, aquí, en todas partes. La oí. La oí.

Durante una hora el alcaide intentó obtener una descripción, pero repentinamente Ballard se tornó obstinado y no quiso decir nada; sólo rogaba que lo ubicaran en otra celda o que un carcelero se quedara con él hasta el amanecer. Esos pedidos fueron rudamente rechazados.

-Y escuche -concluyó el alcaide-, si vuelve a gritar, lo haré encerrar en la celda acolchada.

Luego el alcaide se marchó, muy intrigado. Ballard se sentó ante la puerta de su celda hasta que amaneció, su rostro enjuto y pálido por el terror, oprimido contra los barrotes, mirando hacia la prisión con ojos agrandados y fijos.

Aquel día, el cuarto desde el encarcelamiento de La Máquina Pensante, fue animado considerablemente por el prisionero voluntario, quien pasó la mayor parte de su tiempo ante la pequeña ventana de su celda. Comenzó por arrojar otro trozo de lienzo hacia el guardia, quien lo recogió obedientemente y lo llevó al alcaide. En el lienzo aparecía escrito: “Sólo tres días más”.

Al alcaide no le sorprendió nada lo que leyó; entendió que La Máquina Pensante quería significar sólo tres días más de prisión, y consideró la nota como una baladronada. ¿Pero cómo había sido escrita? ¿Dónde había hallado ese nuevo trozo de lienzo La Máquina Pensante? ¿Dónde? ¿Cómo? Examinó cuidadosamente el lienzo. Era blanco, de textura fina, del material usado para hacer camisas. Tomó la camisa que le había sacado al recluso y cuidadosamente colocó los dos trozos originales de lienzo sobre las partes rasgadas. El tercer trozo era completamente superfluo; no encajaba en ninguna parte y sin embargo, era inconfundiblemente de la misma tela.

-¿Y dónde... dónde consigue algo con que escribir? -le preguntó el alcaide al mundo.

Más tarde, ese mismo cuarto día, La Máquina Pensante le habló al guardia armado exterior a través de la ventana de la celda.

-¿Qué día del mes es hoy? -preguntó.

-Quince -fue la respuesta.

La Máquina Pensante hizo un cálculo astronómico mental y concluyó que la luna no saldría hasta después de las nueve de la noche. Luego formuló otra pregunta:

-¿Quién atiende esos arcos voltaicos?

-Un hombre de la compañía.

-¿No hay electricistas en el edificio?

-No.

-Pienso que ahorrarían dinero si tuvieran un electricista propio.

-Ese no es asunto mío -replicó el guardia.

Durante ese día el guardia advirtió varias veces a La Máquina Pensante ante la ventana, pero el rostro siempre parecía desatento y los ojos estrábicos se veían pensativos detrás de los anteojos. Después de un rato el guardia aceptó la presencia de la cabeza leonina con naturalidad. Había visto a otros prisioneros hacer lo mismo; era el deseo de ver el mundo exterior.

Esa tarde, poco antes de que el guardia diurno fuera relevado, la cabeza volvió a aparecer ante la ventana y la mano de La Máquina Pensante pasó algo entre las barras, que cayó al suelo y fue recogido por el guardia. Era un billete de cinco dólares.

-Eso es para usted -gritó el recluso.

Como de costumbre, el guardia lo llevó al alcaide. Ese caballero lo miró sospechosamente; todo lo que procedía de la celda 13 lo miraba con sospechas.

-Dijo que era para mí -explicó el guardia. -Es una especie de propina, supongo -comen tó el alcaide-. No veo ninguna razón por la que no pueda aceptarla.. .

De pronto calló. Había recordado que La Máquina Pensante había ido a la celda 13 con un billete de cinco dólares y dos billetes de diez dólares, veinticinco dólares en total. Ahora, un billete de cinco dólares había sido atado alrededor de los primeros trozos de lienzo que cayeran de la celda. El alcaide aún lo tenía, y para convencerse lo sacó de un cajón y lo miró. Era de cinco dólares; sin embargo, ahí había otro billete igual y La Máquina Pensante sólo debía tener billetes de diez dólares.

-Tal vez alguien cambió uno de los billetes para él -pensó al fin, con un suspiro de alivio.

Pero en ese momento tomó una decisión. Revisaría la celda 13 como nunca nadie revisó una celda en este mundo. Cuando un hombre podía escribir a voluntad, cambiar dinero y hacer otras cosas absolutamente inexplicables, había algo que no estaba bien en su prisión. Planeó entrar en la celda de noche; las tres de la mañana sería una hora excelente. En algún momento La Máquina Pensante debía tener todas esas cosas misteriosas. La noche parecía ser lo más razonable.

Así fue que el alcaide marchó en puntas de pie a la celda 13 esa noche, a las tres en punto. Se detuvo en la puerta y escuchó. No había sonido alguno, aparte de la respiración regular del prisionero. La llave abrió la cerradura casi sin ruido y el alcaide entró, cerrando la puerta tras de sí. Repentinamente apuntó la luz de su linterna sobre el rostro de la figura acostada.

Si el alcaide se había propuesto alarmar a La Máquina Pensante, estaba equivocado, porque ese individuo apenas abrió los ojos tranquilamente, buscó sus anteojos y preguntó con naturalidad:

-¿Quién es?

Sería inútil describir la revisión que el alcaide efectuó. Fue minuciosa. No se pasó por alto ni un centímetro de la celda o del camastro. Halló el agujero redondo en el piso y en un rapto de inspiración metió en él los dedos. Después de un momento de buscar a tientas sacó algo que miró a la luz de su linterna.

-¡Uf! -exclamó.

La cosa que había extraído era una rata, una rata muerta. Su inspiración se desvaneció como una bruma frente al sol. Pero continuó la revisión. La Máquina Pensante, sin decir palabra, se incorporó y de un puntapié sacó la rata de la celda.

El alcaide trepó al camastro y probó las barras de hierro de la ventana. Estaban perfectamente rígidas; otro tanto ocurría con los barrotes de la puerta.

Luego el alcaide revisó las ropas del prisionero, comenzando por los zapatos. ¡Nada oculto había en ellos! Luego el cinturón. ¡Tampoco había nada! Luego los bolsillos de los pantalones. De uno extrajo billetes, que examinó.

-¡Cinco billetes de un dólar! -exclamó sorprendido.

-Exacto -dijo el prisionero.

-Pero... usted tenía dos de diez y uno de cinco... ¿qué... cómo lo hace?

-Ese es asunto mío -dijo La Máquina Pensante.

-¿Alguno de mis hombres cambió ese dinero para usted... bajo su palabra de honor? La Máquina Pensante calló por una fracción de segundo.

-No -replicó.

-Bien, ¿los hace usted? -preguntó el alcaide. Estaba dispuesto a creer cualquier cosa.

-Ese es asunto mío -volvió a replicar el prisionero.

El alcaide miró furiosamente al destacado científico. Creía, sabía que ese hombre lo estaba engañando, pero no sabía cómo. De tratarse de un recluso común, obtendría la verdad, pero en ese caso quizá las cosas inexplicables que habían ocurrido no se habrían descubierto tan rápidamente. Ninguno de los dos hombres habló por un largo rato, y luego el alcaide se volvió con furia y abandonó la celda, cerrando la puerta con un golpe. No se atrevió a hablar en ese momento.

Miró el reloj. Eran las cuatro menos diez. Acababa de acomodarse en su cama cuando volvió a oírse aquel grito desgarrador en toda la prisión. Murmurando unas pocas palabras, que si bien no eran elegantes resultaban altamente expresivas, volvió a encender su linterna y se apresuró hacia la celda del piso superior.

Otra vez Ballard se oprimía contra la puerta de acero, gritando, gritando con toda su voz. Sólo calló cuando el alcaide iluminó la celda con su linterna.

-Sáqueme, sáqueme -gritó-. Lo hice, lo hice, la maté. Sáquelo.

-¿Que saque qué cosa? -preguntó el alcaide.

-Le arrojé el ácido en la cara... lo hice... lo confieso. Sáqueme de aquí.

Era lastimoso el estado de Ballard; no fue más que un acto de piedad permitirle salir al corredor. Allí se acurrucó en un rincón, como un animal acosado, y se tapó las orejas con las manos. Llevó media hora calmarlo lo suficiente como para que pudiese hablar. La noche anterior, a las cuatro, había oído una voz, una voz sepulcral, apagada y gimiente.

-¿Qué decía? -preguntó el alcaide, interesado.

-¡Acido! ... ¡Acido! ... ¡Acido! -dijo el prisionero con voz quebrada-. Me acusaba. -Le arrojé el ácido, y la mujer murió. ¡Oh!-. Fue un largo y tembloroso gemido de terror.

-¿Acido? -preguntó el alcaide, intrigado. El caso lo superaba.

-Acido. Eso fue todo lo que oí ... esa única palabra, repetida varias veces. Hubo otras cosas también, pero no las oí.

-Eso fue anoche, ¿verdad? -preguntó el alcaide-. ¿Qué ocurrió esta noche, qué fue lo que lo asustó hace un momento?

-Fue lo mismo -jadeó el prisionero-. ¡Acido! ... ¡Acido! ... ¡Acido!-. Se cubrió el rostro con las manos y quedó sentado temblando. -Fue ácido lo que usé con ella, pero no quería matarla Sólo oí esas palabras. Me acusaban, me acusa ban-. Balbuceó y quedó en silencio.

-¿Oyó algo más?

-Sí... pero no pude entender... sólo un poco... una o dos palabras.

-Bien, ¿qué era?

-Oí "ácido" tres veces, luego un sonido prolongado que parecía un gemido, luego... luego... oí "sombrero N° 8". Oí eso dos veces.

-Sombrero N° 8 -repitió el alcaide-. ¿Qué demonios es eso de un sombrero N° 8? Las voces acusadoras de la conciencia nunca mencionaron un sombrero N° 8, que yo sepa.

-Está loco -dijo uno de los carceleros, en tono seguro.

-Le creo -dijo el alcaide-. Debe estarlo. Probablemente oyó algo y se asustó. Ahora está temblando. ¡Sombrero N° 8! ¡Qué dem...!

V

Durante el quinto día del encarcelamiento de La Máquina Pensante, el alcaide tenía el

aspecto de un hombre acosado. Estaba ansioso por que se terminara la experiencia. No podía dejar de pensar que su distinguido prisionero se había estado divirtiendo. De ser eso así, La Máquina Pensante no había perdido nada de su sentido del humor. Porque ese quinto día arrojó otra nota escrita sobre un lienzo al guardia exterior, con las palabras: "Sólo dos días más". También arrojó medio dólar.

El alcaide sabía, sabía, que el hombre de la celda 13 no tenía ningún medio dólar, no podía tener ningún medio dólar, como tampoco podía tener lapicera y tinta y lienzo, pero igual los poseía. Era un hecho concreto, no una teoría; esa era una de las razones por las que el alcaide tenía ese aspecto de hombre acosado.

Ese asunto fantasmal, pavoroso, acerca del "ácido" y el "sombrero N° 8", también lo rondaba. No era que esas palabras significasen algo, por supuesto, más que los desvaríos de un asesino insano que había ido impulsado por el temor a confesar su crimen, y sin embargo había tantas cosas que "no significaban nada" y que ocurrían en la cárcel desde que La Máquina Pensante estaba allí.

El sexto día el alcaide recibió una postal que indicaba que el doctor Ransome y el señor Fielding estarían en la prisión de Chisholm la noche siguiente, jueves; en el caso de que el profesor Van Dusen aún no hubiese escapado, y presumían que no porque no habían tenido noticias suyas, se encontrarían con él allí.

-¡En el caso de que aún no hubiese escapado! -El alcaide sonrió brevemente-. ¡Escapado!

La Máquina Pensante animó el día del alcaide con tres notas. Estaban escritas en el lienzo habitual y se referían a la cita para las ocho y media del jueves, cita que el científico había hecho en el momento de su encarcelamiento.

Por la tarde del séptimo día el alcaide pasó frente a la celda 13 y miró adentro. La Máquina Pensante estaba tendido sobre el camastro de hierro, aparentemente sumido en un sueño ligero. La celda se veía exactamente igual que siempre cuando se le echaba una mirada casual. El alcaide hubiese jurado que ningún hombre iba a abandonarla entre esa hora -eran las cuatro en puntoy las ocho y media de esa noche.

Cuando volvió a pasar frente a la celda, el alcaide oyó otra vez la rítmica respiración y, acercándose a la puerta, miró adentro. No lo hubiese hecho si La Máquina Pensante hubiese estado mirando, pero ahora... bien, era diferente.

Un rayo de luz atravesaba la alta ventana y daba sobre el rostro del hombre dormido. Por primera vez le pareció al alcaide que el prisionero se veía macilento y fatigado. En ese momento La Máquina Pensante se movió ligeramente y el alcaide se marchó de prisa por el corredor, sintiéndose culposo. Esa tarde, después de las seis, vio al carcelero.

-¿Todo en orden en la celda 13? -preguntó.

-Sí, señor -replicó el carcelero-. Aunque no comió mucho.

Fue con la sensación de haber cumplido con su deber que el alcaide recibió al doctor Ransome y al señor Fielding poco después de las siete. Pensaba mostrarle las notas escritas en lienzo y contarles toda la historia de sus problemas, que habían sido muchos. Pero antes de que pudiera hacerlo entró a la oficina el guardia del patio del lado que daba al río.

-El arco voltaico de mi lado del patio no enciende -le informó al alcaide.

-¡Maldito sea, ese hombre es un aojador! -atronó el funcionario-. Todo ha ocurrido desde que él está acá.

El guardia volvió a su puesto en la oscuridad y el alcaide telefoneó a la compañía de luz eléctrica.

-De la prisión de Chisholm -dijo por teléfono-. Envíen acá tres o cuatro hombres de inme-

diato, para arreglar una luz de arco voltaico.

La respuesta evidentemente fue satisfactoria porque el alcaide colgó el auricular y salió al patio. Mientras el doctor Ransome y el señor Fielding esperaban, el guardia del portón exterior entró con una carta de entrega inmediata. El doctor Ransome vio por casualidad la dirección y cuando el guardia se marchó, miró la carta con mayor atención.

-¡Caramba! -exclamó.

-¿Qué es? -preguntó el señor Fielding.

En silencio, el doctor le ofreció la carta. El señor Fielding la examinó cuidadosamente.

-Una coincidencia -dijo-. Debe de ser una coincidencia.

Eran casi las ocho cuando el alcaide volvió a su oficina. Los electricistas habían llegado en un furgón y ya estaban trabajando. El alcaide oprimió el botón del aparato que lo comunicaba con el hombre que estaba en el portón exterior del muro.

-¿Cuántos electricistas entraron? -preguntó-. ¿Cuatro? ¿Tres trabajadores con monos y blusas y el supervisor? ¿Levita y sombrero de seda? Muy bien. Asegúrese de que sólo salgan cuatro. Eso es todo.

Se volvió hacia el doctor Ransome y el señor Fielding.

-Tenemos que ser muy cuidadosos aquí, en especial -había mucho sarcasmo en su vozporque tenemos científicos encerrados.

El alcaide recogió, sin darle darle mayor importancia, la carta de entrega inmediata, y luego empezó a abrirla.

-En cuanto haya leído esto, quiero contarles, caballeros, algo acerca... ¡Gran César! -se interrumpió, repentinamente, mirando la carta. Quedó sentado con la boca abierta, inmóvil por el asombro.

-¿Qué ocurre? -preguntó el señor Fielding.

-Una carta de entrega inmediata de la celda 13 -balbuceó el alcaide-. Una invitación a comer.

-¿Cómo? -y los otros dos se pusieron de pie al mismo tiempo.

El alcaide quedó azorado en su asiento, mirando la carta; luego llamó bruscamente al guardia que estaba en el corredor.

-Corra a la celda 13 y vea si el hombre está ahí.

El guardia cumplió lo que se le ordenaba, mientras el doctor Ransome y el señor Fielding examinaban la carta.

-Es la letra de Van Dusen, no hay ninguna duda -dijo el doctor Ransome-. La conozco muy bien.

En ese momento sonó el timbre del teléfono que comunicaba con el portón exterior, y el alcaide, que se hallaba en un estado de semitrance, tomó el auricular.

-¡Hola! Dos periodistas, ¿eh? Déjelos entrar-. Se volvió repentinamente hacia el doctor y el señor Fielding. -Caramba, ese hombre no puede haber salido. Debe estar en su celda.

En ese mismo momento regresó e! guardia.

-Está aún en la celda, señor -informó-. Lo vi. Está acostado.

-Ya ven, se los dije -dijo el alcaide y volvió a respirar tranquilizado-. ¿Pero cómo pudo enviar esa carta por correo?

Hubo un golpe sobre la puerta de acero que comunicaba el patio de la cárcel con la oficina del alcaide.

-Son los periodistas -dijo el alcaide-. Que pasen -le indicó al guardia; luego les dijo a los dos caballeros-: No digan nada de este asunto ante ellos.

Se abrió la puerta y entraron los dos hombres que venían del portón del frente.

-Buenas noches, caballeros -dijo uno. Ese era Hutchinson Hatch; el alcaide lo conocía bien.

-¿Bien? -preguntó el otro en tono irritado-. Aquí estoy.

Ese era La Máquina Pensante.

Fijó su beligerante mirada estrábica en el alcaide, quien quedó con la boca abierta. Por el momento, ese funcionario no tenía nada que decir. El doctor Ransome y el señor Fielding estaban azorados, pero no sabían lo que el alcaide sabía. Ellos sólo estaban azorados; el alcaide estaba paralizado. Hutchinson Hatch, el periodista, observaba la escena con ojos ávidos.

-¿Cómo... cómo... cómo lo logró? -balbuceó el alcaide por fin.

-Venga a la celda -dijo La Máquina Pensante en la irritada voz que sus colegas científicos conocían tan bien.

El alcaide, aún en un estado lindante con el trance, condujo al grupo.

-Ilumine allí con su linterna -indicó La Másquina Pensante.

El alcaide lo hizo.había en el aspecto de la celda, y allí, allí sobre el camastro, estaba la figura de La Máquina Pensante. ¡Sin duda! ¡Allí estaba su pelo rubio! Otra vez el alcaide miró al hombre que estaba a su lado y se sorprendió de sus propios sueños extraños.

Con manos temblorosas quitó los cerrojos a la puerta de la celda. La Máquina Pensante entró.

-Vea aquí -dijo.

Dio un puntapié a los barrotes de acero en la parte inferior de la celda, y tres de ellos se desplazaron. Un cuarto se quebró y rodó hacia el corredor.

-Y también aquí -indicó el ex prisionero mientras se ponía de pie sobre el camastro para alcanzar la pequeña ventana. Pasó su mano a través de la abertura y quitó todos los barrotes.

-¿Qué es eso que está en la cama? -preguntó el alcaide, quien empezaba a recuperarse.

-Una peluca -fue la réplica-. Retire la colcha.

Así lo hizo el alcaide. Debajo había un gran rollo de fuerte cuerda, de nueve metros o más, una daga, tres limas, tres metros de cable eléctrico, un poderoso par de tenazas de acero muy delgadas, un pequeño martillo para tachuelas con su mango y... y una pistola Derringer.

-¿Cómo lo ha hecho? -preguntó el alcaide.

-Ustedes, señores, tienen un compromiso para comer conmigo a las nueve y media en punto -dijo La Máquina Pensante. Vamos, o llegaremos tarde.

-¿Pero cómo lo hizo? -insistió el alcaide.

-No crea nunca que podrá retener a un hombre que sepa usar su cerebro -dijo La Máquina Pensante. Vamos, o llegaremos tarde.

VI

Fue un grupo impaciente el que comió en casa del profesor Van Dusen, y un tanto silencioso. Los invitados eran el doctor Ransome, Albert Fielding,

el alcaide y Hutchinson Hatch, el periodista. La comida fue servida a la hora exacta, según las instrucciones que el profesor Van Dusen había dado una semana antes. Al doctor Ransome le encantaron las alcachofas. Por fin concluyó la cena y La Máquina Pensante se volvió hacia el doctor Ransome y lo miró seriamente.

-¿Lo cree ahora? -preguntó.

-Sí -replicó el doctor Ransome.

-¿Admite que fue una prueba correcta?

-Sí.

Como los otros, en especial el alcaide, el doctor Ransome aguardaba ansiosamente la explicación.

-Espero que nos diga cómo... -empezó el señor Fielding.

-Sí, díganos -interrumpió el alcaide.

La Máquina Pensante reajustó sus anteojos, lanzó un par de miradas preparatorias a su audiencia y comenzó el relato. Contó la historia desde el comienzo, lógicamente, y nunca nadie tuvo oyentes más interesados.

-El pacto era -comenzó- que yo entrara en una celda, sin llevar nada más que lo puesto, y que saliera de esa celda en una semana. Nunca había visto la prisión de Chisholm. Cuando estuve en la celda pedí polvo para los dientes, dos billetes de diez dólares y uno de cinco, y también que me lustraran los zapatos. Aun cuando estos pedidos no hubiesen sido satisfechos, ello no hubiera importado demasiado. Pero ustedes los aceptaron.

-Sabía que en la celda no habría nada que ustedes pensaran que yo podría aprovechar. De modo que cuando el alcaide cerró la puerta, aparentemente me hallaba desvalijado, a menos que pudiese sacar partido de tres cosas en apariencia inocentes. Se trataba de cosas que se le habrían concedido a cualquier prisionero con sentencia de muerte, ¿verdad, alcaide?

-Polvo para los dientes y zapatos lustrados, pero no dinero -replicó el alcaide. -Todo es peligroso en manos de un hombre que sabe cómo usarlo -continuó La Máquina Pensante-. Aquella primera noche no hice más que dor- mir y cazar ratas. -Le lanzó una mirada penetrante al alcaide-. Cuando se me planteó el asunto supe que no podría hacer nada aquella noche. Ustedes, señores, pensaron que yo necesitaba tiempo para arreglar mi fuga con ayuda exterior, pero eso no era cierto. Sabía que podía comunicarme con quien quisiera, cuando lo deseara.

El alcaide lo miró fijo por un momento y luego siguió fumando solemnemente.

-Fui despertado a la mañana siguiente a las seis en punto por el carcelero, quien me traía el desayuno -continuó el científico-. Me dijo que el almuerzo era a las doce y la comida a las seis. Supuse que entre esas horas estaría casi todo el tiempo solo. De modo que inmediatamente después del desayuno examiné los alrededores desde la ventana de la celda. Con una mirada comprendí que sería inútil tratar de escalar la pared aunque decidiera dejar mi celda por la ventana, dado que mi propósito era no sólo salir de la celda sino también de la prisión. Por supuesto, pude haber superado el muro, pero me hubiese llevado más tiempo trazar mis planes de esa manera. Entonces, por el momento, deseché toda idea al respecto.

-A partir de esa primera observación supe que el río estaba de ese lado de la cárcel y que también había allí un campo de juego. Posteriormente esas suposiciones fueron confirmadas por un carcelero. Entonces supe una cosa importante: que cualquiera podría acercarse al muro de la prisión de ese lado, de ser necesario, sin llamar particularmente la atención. Había que recordarlo, y lo recordé.

-Pero el elemento exterior que más atrajo mi atención fue el cable de alimentación de la luz de arco voltaico, que pasaba a muy poca distancia, tal vez un metro, de la ventana de mi celda. Supe que eso sería de importancia en el caso de que me fuera necesario cortar la luz de arco voltaico.

-Oh, ¿fue usted quien la cortó esta noche, verdad? -preguntó el alcaide.

-Después de saber todo lo posible desde esa ventana -continuó La Máquina Pensante sin atender la pregunta del alcaide-, consideré la idea de escapar por la prisión misma. Recordé cómo había llegado a mi celda, que sabía que sería la única manera. Siete puertas había entre mí y el

exterior. Así, por el momento, también abandoné la idea de escapar de ese modo. Y no podía atravesar las sólidas paredes de granito de la celda.

La Máquina Pensante hizo una pequeña pausa y el doctor Ransome encendió un nuevo cigarro. Por varios minutos hubo silencio, y luego el científico fugado continuó:

-Mientras estaba pensando esas cosas, una rata corrió entre mis pies. Ello sugirió una nueva línea de pensamiento. Había al menos media docena de ratas en la celda: pude ver sus ojos como cuentas. Sin embargo, había notado que ninguna de ellas había entrado por debajo de la puerta de la celda. Las atemoricé adrede y observé la puerta de la celda para ver si salían por ahí. No lo hicieron, pero desaparecieron. Obviamente, habían salido por otro lugar. Otro lugar significaba otra abertura.

"Busqué esa abertura y la hallé. Era un viejo caño de desagüe, por largo tiempo en desuso y en parte tapado con basura y polvo. Pero por ahí habían entrado las ratas. Llegaban de alguna parte. ¿De dónde? los caños de desagüe suelen terminar fuera del terreno de la prisión. Probablemente, ése llegaría al río, o muy cerca del río. Por lo tanto, las ratas debían venir de esa dirección. Razoné que debían recorrer todo el caño, porque era sumamente improbable que un caño sólido de hierro o plomo tuviera algún otro orificio aparte del que está en el extremo.

"Cuando el carcelero llegó con mi almuerzo, me dijo dos cosas importantes, aunque él no lo sabía. Una era que siete años antes se había instalado en la prisión un nuevo sistema de cañerías; otra. que el río estaba a sólo noventa metros de distancia. Entonces supe con seguridad que el caño era parte de un viejo sistema; supe, también, que se inclinaba hacia el río. ¿Pero terminaba el caño en el agua o en la tierra?

"Esa fue la pregunta a dilucidar. Lo hice cazando varias de las ratas de la celda. Mi carcelero se mostró sorprendido de hallarme dedicado a esa tarea. Examiné al menos una docena de ratas. Estaban perfectamente secas; habían venido por el caño y, más importante que nada, no eran ratas de casa, sino ratas de campo. El otro extremo del caño daba a tierra, entonces, fuera de las paredes de la prisión. Hasta ahí, todo bien.

"Entonces supe que si trabajaba en ese aspecto debía atraer la atención del alcaide en otro sentido. Ustedes ven, al decirle al alcaide que yo había ido allí para escapar, dificultaron la prueba, porque debí engañarlo con indicios falsos.

El alcaide miró con una triste expresión en sus ojos.

-Lo primero fue hacerle creer que estaba tratando de comunicarme con usted, doctor Ransome. De modo que escribí una nota sobre un trozo de lienzo que arranqué de mi camisa, lo dirigí al doctor Ransome y le até un billete de cinco dólares alrededor antes de arrojarlo por la ventana. Sabía que el guardia lo llevaría al alcaide pero esperaba que éste lo enviara a su destinatario. ¿Tiene usted esa primera nota sobre lienzo, alcaide?

El alcaide sacó de un bolsillo el mensaje cifrado.

-¿Qué demonios significa? -preguntó.

-Léalo de atrás hacia adelante, comenzando por la figura "E", y no tenga en cuenta la separación de las palabras -indicó La Máquina Pensante.

El alcaide leyó.

-E-s-t-e, este -deletreó, estudió un instante todo el mensaje y luego lo leyó sonriente: -"Este no es el modo en que intento escapar". Bien, ¿qué les parece? -preguntó, aún sonriente.

-Sabía que el mensaje atraería su atención, como ocurrió -dijo la Máquina Pensante- y si usted realmente descubría de que se trataba, sería una especie de suave crítica.

-¿Con qué lo escribió? -preguntó el doctor Ransome, cuando terminó de examinar el lienzo y lo pasó al señor Fielding.

-Con esto -dijo el ex prisionero, y extendió su pie. Lucía el zapato que había usado en la prisión, aunque el lustre había desaparecido-. El betún del zapato, humedecido con agua, fue mi tinta; la punta metálica del zapato fue una pluma bastante buena.

El alcaide levantó la cabeza y repentinamente lanzó una carcajada, en parte de alivio, en parte divertida.

-Usted es una maravilla -dijo admirativamente-. Continúe.

-Eso desencadenó la revisión de mi celda por parte del alcaide, como me proponía -continuó La Máquina Pensante-. Estaba ansioso por lograr que el alcaide se tomara la costumbre de revisar mi celda, de modo que por último, al no hallar nunca nada, se molestara y dejara de hacerlo. Esto prácticamente ocurrió, por fin.

El alcaide se sonrojó.

-Entonces se llevó mi camisa blanca y me dio otra de la prisión. Estaba seguro de que estos dos trozos de tela eran todo lo que faltaba. Pero mientras él revisaba mi celda, yo tenía otro trozo de la misma camisa, de unos cincuenta y ocho centímetros cuadrados, enrollado y convertido en una bola dentro de la boca.

-¿Cincuenta y ocho centímetros cuadrados de aquella camisa? -preguntó el alcaide-. ¿De dónde los sacó?

-Las pecheras rígidas de todas las camisas blancas tienen un espesor triple -fue la explicación-. Quité la tela del medio y dejé las otras dos. Sabía que usted no se daría cuenta.

Hubo una pequeña pausa y el alcaide miró uno a uno a los presentes con una sonrisa avergonzada.

-Habiéndome desembarazado del alcaide por el momento, al darle algo en que pensar, di mi primer paso serio hacia la libertad -dijo el profesor Van Dusen-. Sabía, casi con certeza, que el caño terminaba en algún punto del campo de juego; sabía que muchos niños jugaban allí; sabía que las ratas llegaban a mi celda desde allí afuera. ¿Podía comunicarme con alguien de afuera disponiendo de esos elementos?

"Primero era necesario, comprendí, un hilo largo y bastante fuerte, de modo que... pero miren -levantó las piernas de sus pantalones y mostró que la parte superior de sus calcetines, de fino y fuerte hilo de algodón, había desaparecido-. Los deshice; una vez iniciada la tarea no fue difícil, y ya tuve unos 400 metros de hilo con los que podía contar.

"Luego, en la mitad del lienzo que me quedaba escribí, puedo asegurarles que muy laboriosamente, una carta explicando mi situación a este caballero -e indicó a Hutchinson Hatch-. Sabía que él me ayudaría, por el interés de la historia para su periódico. Até fuertemente a esa carta de lienzo un billete de diez dólares... no hay modo más seguro de atraer el ojo de cualquiera... y escribí sobre el lienzo: "Quien encuentre esto debe entregarlo a Hutchinson Hatch, Daily American, quien dará otros diez dólares por la información".

"Lo siguiente fue hacer llegar esa nota al campo de juego, donde un muchacho pudiera hallarla. Había dos maneras, pero elegí la mejor. Tomé una de las ratas -desarrollé una gran habilidad para cazarlas-, até el lienzo y el dinero firmemente a una de sus patas y aseguré mi hilo de algodón a la otra, y la solté en el caño de desagüe. Razoné que el susto natural del roedor lo haría correr hasta que estuviese fuera del caño y que luego probablemente se detendría en la tierra para arrancar el lienzo y el dinero.

"Desde el momento en que la rata desapareció por ese caño polvoriento, empecé a sentirme ansioso. Eran tantas las probabilidades. La rata podía cortar el hilo, del que yo sostenía un extremo; otras ratas podían cortarlo; la rata podía huir del caño y dejar el lienzo y el dinero donde nunca serían hallados; mil otras cosas podían ocurrir. De modo que pasé unas horas de nervios,

pero el hecho de que la rata hubiese corrido hasta que sólo unos pocos metros de hilo quedaron en mi celda. me hizo pensar que había salido del caño. Había dado instrucciones precisas al señor Hatch acerca de lo que debía hacer en caso de recibir la nota. La cuestión era si le llegaría.

"Hecho eso, sólo podía esperar y hacer otros planes para el caso de que ese fallara. Traté de sobornar abiertamente a mi carcelero, y por él me enteré de que poseía sólo las llaves de dos puertas que estaban entre la libertad y yo. Luego hice algo más para poner nervioso al alcaide. Saqué los refuerzos de acero de los tacones de mis zapatos y simulé limar las barras de la ventana de mi celda. El alcaide armó un gran alboroto por ello. También se tomó la costumbre de tantear las barras de la ventana de mi celda para ver si estaban fuertes. Lo estaban, entonces.

El alcaide volvió a sonreír. Ya había superado su asombro.

-Con ese plan ya había hecho todo lo posible y no me restaba más que aguardar los resultados -continuó el científico-. No. podía saber si mi nota había sido entregada o aun hallada, o si la rata la había comido. Y no me atrevía a recoger, a través del caño, el delgado hilo que me conectaba con el exterior.

"Esa noche, cuando me acosté, no pude dormir por temor de que llegara la pequeña señal de un tirón del hilo, que debía indicarme que el señor Hatch había recibido la nota. A Lis tres y media, calculo, sentí ese tirón, y ningún prisionero que de verdad estuviera bajo sentencia de muerte recibió nunca nada tan animadamente.

La Máquina Pensante se detuvo en su relato y se volvió hacia el periodista.

-Será mejor que explique usted lo que hizo -dijo.

-La nota escrita sobre el lienzo me fue entregada por un muchachito que había estado jugando béisbol -dijo el señor Hatch-. De inmediato vi en el asunto una historia interesante, de modo que le di al muchacho otros diez dólares y conseguí varios carretes de hilo, un poco de cuerda y un rollo de cable liviano y flexible. La nota del profesor sugería que le pidiera a quien había hallado la nota que me mostrara el lugar exacto donde la había recogido, y me decía que hiciera mi búsqueda a partir de allí desde las dos de la mañana en adelante. Si hallaba el otro extremo del hilo, debía tirar suavemente de él tres veces, y luego una cuarta vez.

"Comencé la búsqueda con una pequeña linterna. Pasaron una hora y veinte minutos antes de que hallara el extremo del caño de desagüe, semioculto entre la maleza. El caño era muy ancho allí, digamos de unos treinta centímetros de diámetro. Luego hallé el extremo del hilo de algodón, tiré de él coma se me había indicado y de inmediato percibí otro tirón como respuesta.

"Luego até la seda al hilo y el profesor Van Dusen empezó a tirar del otro extremo. Casi sufro un ataque cardíaco por el temor de que el hilo se quebrara. Al extremo de la seda le até la cuerda, y cuando ésta casi hubo desaparecido, até el cable. Cuando éste pasó por el caño, teníamos una línea fuerte, que las ratas no podrían destrozar, desde la boca del desagüe hasta la celda.

La Máquina Pensante levantó la mano y Hatch calló.

-Todo esto se realizó en absoluto silencio -dijo el científico-. Pero cuando el cable llegó a mis manos, pude haber gritado. Entonces intentamos otro experimento, para el que estaba preparado el señor Hatch. Probé el caño como tubo para hablar. Ninguno de los dos podía oír muy claramente, pero no me atreví a hablar fuerte por temor de llamar la atención en la cárcel. Por último logré hacerle entender qué necesitaba con urgencia. El pareció tener dificultad en entender cuando le pedí ácido nítrico, por lo que debí repetir la palabra "ácido" varias veces.

Luego oí un alarido desde la celda que estaba sobre la mía. Supe de inmediato que alguien había alcanzado a oír, y cuando escuché que usted se acercaba, señor alcaide, fingí dormir. Si usted hubiese entrado en mi celda en ese momento, todo el plan de fuga hubiese terminado allí.

Pero usted siguió de largo. Ese fue el momento de mayor riesgo de que me descubrieran.

"Habiendo establecido esa línea conductora, es fácil deducir cómo hacía entrar y salir cosas de mi celda a voluntad. Me limitaba a dejarlas caer en el caño. Usted, señor alcaide, no pudo haber alcanzado el cable conductor con sus dedos, porque son demasiado gruesos. Mis dedos, como ve, son más delgados y largos. Además, protegí la parte superior del caño con una rata, ¿recuerda cómo?

-Recuerdo -afirmó el alcaide con una mueca.

-Pensé que si alguien intentaba investigar ese orificio, la rata apagaría su fervor. El señor Hatch no pudo enviarme nada útil a través del caño hasta la noche siguiente, aunque sí me envió como prueba cambio para los diez dólares, de modo que yo continué con otras partes de mi plan. Luego desarrollé el método de fuga, que finalmente empleé.

"Para poder ponerlo en práctica con éxito era necesario que el guardia del patio se acostumbrara a verme asomado a la ventana de la celda. Completé esto arrojando notas escritas sobre lienzo, de tono jactancioso, para que de ser posible el alcaide creyera que uno de sus ayudantes se estaba comunicando con el exterior por mí. Me quedaba horas mirando hacia afuera por la ventana, de modo que el guardia pudiera verme, y ocasionalmente le hablaba. De esa manera supe que la cárcel no tenía electricista propio, sino que dependía de la compañía de electricidad en caso de desperfectos.

"Eso despejó el camino a la libertad. A primera hora de la noche del último día de mi encarcelamiento, cuando ya estaba oscuro, decidí cortar el cable de alimentación que estaba a pocos centímetros de mi ventana, llegando a él con un cable bañado en ácido que yo tenía. Así, ese lado de la prisión estaría perfectamente oscuro mientras los electricistas buscaban el desperfecto. Eso también traería al señor Hatch al patio de la prisión.

"Sólo quedaba una cosa por hacer antes de que comenzara la tarea de liberarme. Era arreglar los detalles finales con el señor Hatch a través de nuestro tubo. Lo hice dentro de la media hora que siguió al momento en que el alcaide se retiró de mi celda, la cuarta noche de mi encarcelamiento. El señor Hatch nuevamente tuvo grandes dificultades para entenderme, y le repetí la palabra "ácido" varias veces, y después las palabras,"Sombrero número ocho", esa es mi medida, y esas fueron las palabras que hicieron que el prisionero del piso superior confesara un asesinato, según me dijo uno de los carceleros el día siguiente. Ese prisionero oyó nuestras voces, naturalmente confusas, a través del caño, que también iba hasta su celda. La celda que estaba directamente sobre la mía se hallaba desocupada, de modo que nadie más oyó.

"Claro, la tarea de cortar las barras de acero de la ventana y de la puerta fue comparativamente fácil con ácido nítrico, que obtuve a través del caño en pequeñas botellas, pero llevó tiempo. Hora tras hora, los días quinto, sexto y séptimo, el guardia me miraba mientras yo trabajaba en las barras de las ventanas con ácido sobre un trozo de cable. Usé el polvo para los dientes para evitar que el ácido se desparramara. Mientras trabajaba miraba abstraídamente hacia afuera y entretanto el ácido iba penetrando el metal. Noté que los carceleros siempre probaban la puerta sacudiendo la parte superior, nunca los barrotes inferiores, de modo que corté estos últimos, dejándolos apoyados en su lugar con débiles hilos de metal. Pero esa fue una temeridad. No hubiese podido escapar fácilmente por ahí.

La Máquina Pensante quedó en silencio por varios minutos.

-Creo que cuanto he dicho lo aclara todo -continuó-. Los otros puntos que no he explicado no tuvieron otra función que confundir al alcaide y a los carceleros. Esas cosas que estaban en el camastro las puse para contentar al señor Hatch, quien deseaba mejorar la historia. Por supuesto, la peluca era necesaria para mi plan. La carta de entrega inmediata la escribí en mi celda con la

lapicera fuente del señor Hatch, y luego se la envié a él, quien la despachó por correo. Eso es todo, creo.

-¿Pero el hecho de que usted saliera del ámbito de la prisión y luego entrara a mi oficina a través del portón exterior? -preguntó el alcaide.

-Perfectamente simple -dijo el científicoCorté el cable de la luz con ácido, como dije, cuando se cortó la corriente. Por lo tanto, cuando volvió la corriente, el arco no se encendió. Sabía que llevaría algún tiempo descubrir qué era lo que no funcionaba y repararlo. Cuando el guardia fue a informarle a usted, el patio estaba oscuro; me deslicé por la ventana, ajustadamente, volví a colocar las barras apoyado en un angosto borde y permanecí en las sombras hasta que llegaron los electricistas. El señor Hatch era uno de ellos.

"Cuando lo vi le hablé y él me alcanzó una gorra, un mono y una blusa, que me puse a unos tres metros de usted, señor alcaide, mientras usted se hallaba en el patio. Después el señor Hatch me llamó, como si yo fuese un trabajador, y juntos salimos por el portón para buscar algo en el furgón. El guardia del portón nos dejó pasar sin ningún problema, como a dos de los trabajadores que acababan de entrar. Cambiamos nuestras ropas y reaparecimos, pidiendo verlo a usted. Lo vimos. Eso es todo.

Hubo silencio por varios minutos. El doctor Ransome fue el primero en hablar.

-¡Magnífico! -exclamó-. Perfectamente notable.

-¿Cómo fue que el señor Hatch llegó con los electricistas? -preguntó el señor Fielding.

-Su padre es gerente de la compañía -replicó La Máquina Pensante.

-Pero, ¿y si no hubiese existido un señor Hatch afuera que lo ayudara?

-Todo prisionero tiene un amigo afuera que lo ayudaría a escapar si pudiese.

-Supongamos ... supongamos... que no hubiese habido ningún sistema antiguo de cañería allí -dijo el alcaide, con curiosidad.

-Había otros dos modos para escapar -dijo La Máquina Pensante enigmáticamente.

Diez minutos después sonó la campanilla del teléfono. Llamaban al alcaide.

-La luz está arreglada, ¿verdad? -preguntó el alcaide por teléfono-. Bien. ¿El cable cortado junto a la celda 13? Lo sé. ¿Sobra un electricista? ¿Cómo es eso? ¿Dos salieron?

El alcaide se volvió a los otros con expresión de intriga en el rostro.

-Yo era el que sobraba -dijo La Máquina Pensante.

-Oh -exclamó el alcaide-. Ya veo. -Luego dijo por teléfono:

-Deje salir al quinto hombre. Está bien así.